

El caso de Egipto: ¿Para qué tanto poder?

Oscar Hernández Bernalette¹

Iniciaba mi carrera diplomática como Tercer Secretario en EL Cairo, Egipto, cuando Anwar el-Sadat fue asesinado un día 6 de octubre de 1981.

Recuerdo el impacto que en la opinión pública internacional produjo ese magnicidio que sin duda tomo a todos por sorpresa, especialmente a quienes teníamos como responsabilidades analizar el entorno de ese país en esos tiempos, caracterizado por una gran admiración por quien fue Premio Nobel y recién había firmado los acuerdos de paz con Israel.

Me impactó de ese día especialmente el silencio que se produjo en la ciudad, una de las más ruidosas del mundo. El Cairo, contrario a como siempre es, parecía un claustro. Durante las exequias del Presidente apenas algunos salieron de sus casas. A diferencia del sepelio multitudinario de Nasser este solo contó con la asistencia impresionante de Jefes de Estado y delegaciones de todas partes del mundo.

Como joven analista me preguntaba: ¿por qué no salió el pueblo a despedirlo? ¿Cuál era la razón por la que ese pueblo, que entendíamos quería a su “rais” Anwar no se había estremecido por la muerte de su líder?

El nuevo presidente era Mubarak. No era extraño en la política. Venía de ser un sumiso Vicepresidente y héroe de la Guerra de Yom Kipur entre Egipto e Israel. Se le veía como la continuidad del régimen de Sadat y su permanencia debía ser de transición ante tan inesperado giro de los acontecimientos políticos. Por supuesto para Occidente, Israel y especialmente los Estados Unidos, la desaparición brusca del Presidente de Egipto complicaba en frágil equilibrio que existía en la región. Había costado mucho esfuerzo y negociación para que Israel y Egipto después de las cruentas guerras que habían librado y vistos como enemigos inconciliables, sus líderes fundamentales hubiesen sido capaces de superar las diferencias y firmar un tratado de Paz.

Ni en aquellos momentos -hace ya casi treinta años- lo hubiese imaginado, ni a estas alturas, entiendo como después de casi treinta años, Mubarak aun quiere seguir rigiendo los destinos de ese país y al momento de escribir esta nota aun se aferra al poder después de las movilizaciones masivas que se producen en El Cairo.

¹ Embajador de Venezuela actualmente jubilado.

Al pueblo Egipcio Nasser les dio esperanza, Sadat les dio Paz y Mubarak debería ser el de la prosperidad. Pero esa última no llegó. El pueblo egipcio se sumergió en más pobreza, mucha corrupción y un sistema democrático solo de forma, que le permitió al oficial de la Fuerza Aérea ganar todas las elecciones, hacerse de una fortuna indebida y mantener un régimen represivo que basa su sobrevivencia en el control absoluto del aparato del estado. Su rol de bisagra en el conflicto árabe – palestino, le ha permitido la confianza de occidente y jugar un rol de liderazgo con los países moderados de la región. Los Estados Unidos ha mantenido como recompensa una ayuda económica desorbitante, que más ha servido para llenar los bolsillos de sus jerarcas, que contribuir a reducir la gran pobreza de esa nación a la que se le suma un gran déficit de democracia.

Por ello mi pregunta: ¿Por qué se aferran los hombres al poder? Es una incógnita que es difícil de responder. ¿Quién les da derecho ético para querer someter a sus pueblos a sus designios por tantos años? Sabemos que son más el resultado de los abusos del control del poder, la represión y el engaño permanente que el verdadero apego de sus conciudadanos a esos liderazgos.

El mundo está lleno de ejemplos en este sentido. Cómo se puede gobernar por años, sin resultados visibles para los pueblos y se aspire a seguir rigiendo los destinos de una nación.

La sola aspiración de que su hijo lo sucediera ya de por sí es una más de tantas aberraciones de este hombre que aparece en la política por circunstancias de la historia y la suerte. La decena de balas que le dispararon a Sadat quien estaba a su lado apenas lo rozaron. Si algo es seguro es que nunca se imaginó esa fatídica mañana, mientras desfilaban las tropas frente a él es que sería horas después el sucesor de Anwar El Sadat y menos aun, que gobernaría ese extraordinario país por casi treinta años. Ha gobernando pero sin legado para la historia.

Lo cierto es que independientemente de los resultados de esta lucha parte de la población de Egipto despertó para bien. Para luchar por una democracia genuina, por libertad y justicia. Los líderes de esa parte del mundo han sido sacudidos. No es cierto que haya pueblos más tolerantes a la autocracia que otros. Lo que sí hay son regímenes más represivos que otros y logran en tiempo anestesiarse a sus pueblos. La juventud quiere libertad. Ojalá que esta lucha les permita alcanzarla y dar un mensaje claro a los dictadores en cualquiera de sus variantes que el mundo de hoy cada día deja menos espacio para sus existencias. Ninguna cultura, ni religión acepta como derecho la represión como forma de gobierno. Ojalá que esta ola sea un despertar para esa región.

Cuando los hombres llegan al poder con el propósito de servir, su ambición en el tiempo se reduce.

